

Francisco José Fernández de la Cigüña y Estanislao Cantero
Núñez: ANTONIO DE CAPMANY (1742-1813).
PENSAMIENTO, OBRA HISTORICA, POLITICA
Y JURIDICA (*)

Esta obra está llena de contenidos sugerentes. Dice mucho y de ella hay mucho que decir. Lo mismo que sus autores sobre Antonio de Capmany. No en vano, para todo historiador y científico de los saberes humanísticos, para cualquier persona inquieta por el pasado y por los valores e ideas vividos y planteados en el ayer, el tránsito del siglo XVIII al XIX en España y Europa es una etapa apasionante y llena de contenidos. Son años de crisis y encrucijada, de herencia y posesión de lo vivido, de un nuevo estilo y talante, de replanteamientos y reformas, de obras y reflexión.

El lector fácilmente advierte cómo don Antonio de Capmany vivió la crisis del llamado —a posteriori— «Antiguo Régimen». Sabemos que una de las fases de esta crisis coincidió con la trágica guerra por la Independencia que tanta huella dejó en la monarquía, en todo el pueblo español. En estas circunstancias de máxima tensión, cada español, fuese ilustrado o no, perteneciese a uno u otro sector social, fuese de una u otra tendencia política e ideológica, se propuso dar, en la medida de sus fuerzas y saberes, lo mejor de sí mismo. Uno de estos españoles fue Capmany. Lógicamente, este dar subjetivamente lo mejor de sí mismo agudizó la tensión establecida entre las diferentes concepciones religiosas, del hombre y de la sociedad, aunque sea necesario reconocer que la mayoría del pueblo español era católico y monárquico de verdad. Como bien señalan nuestros autores, la mayoría de la población sentía al estilo tradicional español.

Desde 1759 hasta 1839 los diferentes aspectos de la vida fueron adquiriendo, por adición o sustracción, nuevos significados y perfiles; muchas veces inadvertidos para sus protagonistas, pero siempre importantes para identificar y expresar posteriormente esta época con coherencia. De esta manera, la vida de Capmany (1742-1813) se injerta en el seno de una época preparatoria y preliminar de grandes acontecimientos desarrollados entre 1808 y 1840, fecha esta última que marcará el triunfo del liberalismo en el Estado y en ciertas élites y sectores sociales.

La Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo

(*) Madrid, Ed. Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo, 1993, 446 págs.

ha tenido el mecenazgo de editar este importante trabajo que presentamos. Su relevancia se debe al estudio de Capmany más por lo que significa que por sí mismo. Significa y refleja una época cuya entidad reside, principalmente, en ser receptáculo de un destacado ayer y preparación de la tierra donde germinarán, posteriormente, importantes acontecimientos que tendrán una trascendencia en un futuro próximo.

Los autores, Fernández de la Cigüña y Estanislao Cantero, han dirigido muy bien sus esfuerzos debido a la óptima elección de su biografiado. Porque Antonio de Capmany fue una persona sobresaliente en su tiempo, así como el ilustrado peor comprendido y más denostado por sus enemigos coetáneos o posteriores a él. Puede decirse que, por esto último, Capmany fue una de las excepciones en el variopinto sector intelectual al que pertenecía.

Nuestros autores han reflejado muy bien cómo la historia de un hombre se expresa en su obra investigadora y publicística, a través de sus circunstancias, y en sus actuaciones. Así pues, Capmany, a través de su vida y obra, fue un receptáculo de las vivencias y tendencias recibidas y originadas en su tiempo. Porque no se trata de una época cualquiera, sino de aquella que, mientras el pueblo saboreaba el poso de la propia historia —cada vez más lejana debido a las modas absolutistas del siglo dieciocho— y mientras éste mantenía parte de la transmisión de generaciones hechas vida, se mostraba inconformista y crítica —innovadora o bien renovadora— para agitarse después, por diversos motivos, hasta el extremo. Si en siglos anteriores había una íntima compenetración entre el pueblo en su amplio sentido y sus élites diferenciadas, ahora se inicia una separación que se agudizará después. Capmany perteneció a las élites y a varias de las diferentes tendencias que encarnaron el variopinto y complejo talante que perfila la actuación de los españoles en una importante encrucijada de su historia.

El presente libro podía titularse, *Antonio de Capmany y su tiempo*. Afanándose por su personaje, Fernández de la Cigüña y Estanislao Cantero han examinado cuidadosamente gran parte de la historiografía que hace referencia a la persona de Capmany y su época. Ambos autores muestran claramente que, debido a la complejidad y riqueza de la realidad, las etiquetas o simplificaciones son poco consistentes. No es de extrañar que el estudio en profundidad de la personalidad y la obra de cualquier biografiado —en nuestro caso Capmany—, sobrepase toda consideración simplificadora.

Nuestros autores han optado por el rigor. También han querido evitar sintentizar más que analizar debido a que, cualquier síntesis, por bien efectuada que esté, sacrifica necesariamente lo más vital y profundo de la realidad humana y social. En nuestros trabajos de historia sobran síntesis brillantes y faltan, en relación con la época de la Ilustración, análisis concienzudos. Donde no hay un análisis profundo —que no quiere decir exhaustivo— no puede hablarse de un trabajo de investigación en plenitud, sobre todo en un tema como el de la Ilustración —o ilustraciones— en el que ha habido no pocas simplificaciones, malentendidos, e interpretaciones —subjetivas siempre— tendenciosas.

Este libro demuestra la incorrección científica de los estereotipos. Historiográficamente sigue la línea investigadora renovadora de no pocos autores como Corona Baratech, Suárez Verdguer, Comellas, etc., y tantos otros investigadores más jóvenes, y supera el monopolio literario, académico, publicista, y editorial efectuado por ciertos sectores ideológicos. La precisión del dato y la importancia otorgada a las fuentes documentales primarias, la relación documental inserta en el texto que permite al lector leer y casi escuchar —en una palabra, saborear— las afirmaciones de Antonio de Capmany, la gran erudición de la obra, el conocimiento de la historiografía..., todo ello otorga al libro que presentamos el debido rigor y profundidad, gracias a las fuentes documentales utilizadas y a la debida crítica documental, sea histórica o bien historiográfica.

Todo ello permite a los autores efectuar una riquísima exposición, donde la objetividad es una verdadera preocupación y un reto, y donde todo texto y afirmación tiene su función específica en el conjunto de la obra. Dicha objetividad no esta refnida con el hecho de que, con ocasión de la radicalidad de los temas y planteamientos expuestos por Capmany, nuestros autores, en cuanto que hombres, presenten su interpretación —subjetiva en cuanto tal— o aportación extrahistórica. En varias ocasiones expresan su juicio sobre los hechos históricos críticamente expuestos y comprendidos, y en donde, además de no ocultar o distorsionar dichos hechos, se diferencia perfectamente los aspectos objetivos de la investigación y los subjetivos o interpretativos de ciertos momentos expositivos. Por otra parte, antes de efectuar una crítica, los autores se han esforzado, sin duda alguna, por comprender en profundidad a su personaje, cuya personalidad es sumamente compleja debido a su dedicación investigadora, a su erudición y a su categoría de pensador político, cuya evolución y circunstancias le han hecho —además— no poco enigmático.

A medida que transcurre el libro se observa que una pregunta es el hilo conductor del trabajo: *¿cómo se define el enigma de Capmany?, ¿quién fue realmente Capmany?*

Antonio de Capmany vivió intensamente una época de desarrollo económico y despertar intelectual. Época también de contraste establecido, en el pensamiento y espíritu de ciertas élites, entre el ayer y las novedades españolas y europeas del momento histórico, así como de estudio sobre las posibilidades del presente. En la época de Capmany la sociedad española vivía en una tranquila y secular posesión de realidades, instituciones y valores, simultánea a todo tipo de novedades. El pasado no se cerraba al futuro sino todo lo contrario, debido a la evolución natural de las comunidades humanas. Entre dichas novedades las había acordes con el espíritu hispánico y otras propuestas por ciertos ministros y élites, denominadas «pensantes», que todo lo ponían a prueba y cribaban con la crítica —o hipercrítica— de su razón.

La Ilustración no sólo fue teórica sino principalmente práctica, y sobre todo plural y diversa. Entre los dos polos opuestos de la Ilustración se encuentran los tradicionales menos activos y menos reformistas por un lado, y los rupturistas por otro. En unas circunstancias tales las personas más cultas y activas en la sociedad comenzaban tímida o abiertamente a tomar conciencia de la nueva etapa, y a optar y decidir, social, espiritual y políticamente, por aquellas diferentes tendencias —conservadora, reformista, o bien innovadora— que paulatinamente vertebrarán la sociedad y la Monarquía.

Hubo una Ilustración de élites —intelectuales de muy diversa categoría, desde el maestro de gramática de una escuela municipal hasta Jovellanos o Capmany, ministros, protectores y mecenas, clérigos y nobles, etc.— y otra más popular como lo eran, por ejemplo, los cabildos municipales. En general las reformas las ideaban y ponían en práctica los que sabían y podían. Hubo reformas de todo tipo, unas admitidas fácilmente por cualquier persona, y otras sólo por una parte de las élites o bien por una minoría social en relación con la generalidad del pueblo, reformas que además contrariaban el denominado espíritu nacional.

En las diferentes partes del estudio de Fernández de la Cigüeña y Estanislao Cantero se advierte que la extensa obra literaria de Capmany llevaba en su seno y reflejaba lo específico de una época que, en algunas de sus élites, se mostraba contradictoria. En un primer momento, nuestro personaje fue el típico ilustrado innovador que, como tal, tuvo sus preferencias por lo foráneo, aunque «sin el anticatolicismo militante de los filósofos de allende

los Pirineos» (pág. 80). Luego fue ferviente tradicionalista aunque, ciertamente, mantuviese la defensa de los gremios durante toda su vida. Este cambio no fue accidental, pues «nadie se ha impugnado tan fieramente a sí mismo» como Capmany (pág. 384). Será él quien ensalce al pueblo «ignorante» en cuanto que ello le inmunizó al contagio de las ideas afrancesadas y así pudo oponerse con energía y entereza al emperador, el lactón de Monarquías y de Europa. En estos momentos Capmany será un exponente del pensamiento tradicional y de la revalorización de las realidades presentes y seculares, por ejemplo los gremios.

Sin embargo, Antonio de Capmany también será un expositor del liberalismo gaditano. Así, ya hombre de edad avanzada, en las Cortes de Cádiz se mostrará como un liberal muy peculiar, que no satisfizo ni a los tradicionalistas ni al sector liberal, éste bien coordinado y organizado en torno a Argüelles, Toreno, Quintana, etc. A pesar de todo, incluso en esta etapa liberal, Capmany será tradicionalista en ciertos asuntos temporales, y liberal en materia de soberanía nacional y de otras que de alguna manera afectaban a la dimensión religiosa (libertad de imprenta, abolición del santo Oficio, etc.). Desde el estudio del pasado, y también en las Cortes de Cádiz, el Capmany liberal aportó, paradójicamente, la defensa de los gremios y de aquello que el centralismo borbónico había abolido en la Cataluña de 1714. También aportó la explicación de las bases —tradicionales— de la monarquía española. Según todo esto, ¿hay dos Capmany simultáneos en las Cortes de Cádiz? El conflicto de una época compleja, que arranca de la segunda mitad del siglo XVIII, queda resumido en la forma de pensar, sentir y hacer atípico, original, complejo y difícil de encuadrar de nuestro Capmany.

La evolución o bien la aparición de dichas facetas en Capmany se efectuó en un breve espacio de tiempo, entre la redacción de la *Memoria o Informe* —que tanto influirá en el renovador o tradicionalista *Manifiesto* de los persas—, redactado en Sevilla en 1809 y presentado a la Comisión de Cortes de la Junta Central, hasta 1812 en que se reunieron las Cortes gaditanas. ¿Qué ocurrió en este breve espacio de tiempo? ¿Qué significado, íntimo y personal, tuvo la postura liberal de Capmany? Todo el libro de Fernández de la Cigofía y Estanislao Cantero es una gran semblanza del personaje, una profunda exposición y comentario de las investigaciones y pensamiento de Capmany, y una constante preparación para el último capítulo o conclusión titulado: «*El enigma de Capmany*» (págs. 397-421).

Una personalidad así bien merecía un estudio profundo y ex-

tenso como el efectuado por nuestros autores. Sus desvelos investigadores, amantes de la verdad tanto por sí misma como por lo que enseña —al estilo Capmany—, así como su dedicación, merecen el agradecimiento de todos los historiadores y de los interesados por las realidades del ayer, proyectadas siempre y de forma ineludible en el futuro. Y cuando dichas realidades son profundas, y se muestran en momentos de peso histórico, crisis y encrucijada, el investigador se convierte de alguna manera en el primer servidor de la comunidad humana a la que pertenece.

Es en base al contenido humano y vital encarnado por Antonio de Capmany como se pueden comprender científicamente términos, sólo aparentemente contradictorios, como tradición y progreso, renovación y tradición, tradicionalismo e ilustración, autoridad y libertad..., o bien sinónimos aparentes como revolución y cambio, persona e individuo, sociedad y comunidad, poder y autoridad, progreso y revolución, tradición y absolutismo, etc. Cada uno de estos términos adquiere una diversidad de sentidos, una pluralidad de significados y matices, que debe ser clarificada *con la realidad histórica* y no en base a categorías filosóficas e ideológicas construidas fuera de la realidad. Para ello no son suficientes las síntesis, sino que son necesarios los análisis detallados, como el que presentamos.

En el estudio de Cantero y Fernández de la Cigüña pueden observarse varias ilustraciones, la existencia de una ilustración tradicional, diversos reformismos, la naturaleza reformista de la tradición española, una pluralidad de cambios y tendencias, etc., de modo que ninguno de los citados términos se aplica de una manera unívoca. Asimismo, la explicación de estos últimos excluye, como categoría «a priori», las interpretaciones terminológicas efectuadas por la tendencia liberal, la identificación entre enciclopedista e ilustrado, ilustrado y liberal, reformista y liberal, liberal y antiabsolutista y enemigo del despotismo ilustrado, libertad y liberal, etc. Aunque muchas veces sea difícil identificar e incluso encuadrar a los ilustrados, políticos, y militares de la época, sí es posible hacerlo. Ellos mismos lo hicieron aunque sus móviles internos pudieron ser de índole muy diversa. Este libro es el intento de realizar justificadamente una mínima y abierta clasificación sobre Capmany.

Aunque se han efectuado grandes síntesis para estudiar la Ilustración e ilustrados españoles —síntesis que por necesidades de método sacrifican lo más vital y complejo de la realidad, lo cual es un hándicap para el debido conocimiento de esta etapa—, pocas veces como en este libro se ha analizado tan pormenoriza-

damente tanto los componentes ilustrados como los diversos tipos de ilustraciones, encarnados estos, precisamente y además, en el mismo personaje. Asimismo, pocas veces como en esta ocasión los autores han desarrollado tan detenidamente tanto el pensamiento típicamente hispánico o tradicional expresado científicamente en la crisis del siglo XVIII, esto es, en momentos en que las modas temáticas y de interpretación de ciertas élites iban por otros derroteros, como el funcionamiento, los problemas, y las diversas tendencias manifestadas en las Cortes gaditanas.

Este libro es casi tan polifacético como lo fue la obra de Capmany, pues sólo quedan fuera de su estudio las «importantes contribuciones en el campo de la literatura y la filología» (pág. 7) efectuadas por el biografiado. Se ha profundizado sobre el autor, su obra y su época. Así, para enmarcar al protagonista se efectúan varias interesantes digresiones. Tal es la explicación sobre Olavide, lo que se justifica porque «bajo su dirección colaboró Capmany en el intento colonizador de Sierra Morena» (págs. 16 y sigs.); la tendencia política y a veces la biografía de los diferentes diputados tradicionales y liberales en las Cortes gaditanas (págs. 109-114); la actuación en las Cortes del Obispo de Orense don Pedro de Quevedo y Quintano (págs. 114-124, 192-195), etc.

La obra de Cantero y Fernández de la Cigüña se divide en tres grandes partes. La primera explica «El hombre y la historia» en 8 capítulos (más de la mitad del libro), donde se desarrolla la vida y personalidad del protagonista, su faceta histórica (renovadora y crítica), sus explicaciones sobre la antigua Barcelona, su investigación sobre los gremios catalanes, su actividad patriota antifrancesa, su prolija y detallada labor en las Cortes de Cádiz (págs. 93 a 242), su agria polémica con el liberal Quintana, el poeta, y su muerte. La importancia otorgada al desarrollo de dichas Cortes es comprensible ya que Capmany fue «una de las grandes figuras de las Cortes» gaditanas, en las que, a pesar de las actuaciones en sentido tradicional, nuestro biografiado se manifestó principalmente liberal.

La erudición y abundancia de textos convierten el primer centenar de páginas en un complejo pero obligado preámbulo a la deliciosa y vibrante exposición sobre la labor de Capmany en las Cortes gaditanas, plasmada en 41 sustanciosos epígrafes. En todos ellos se incluyen íntegramente las largas declaraciones del tribuno Capmany ante la Cámara, que, según la Constitución de 1812, era el titular esencial de la soberanía. Así, a lo largo del centenar y medio de páginas desfilan los diputados a Cortes, las diversas tendencias políticas, se escucha la cadencia de los discursos, se

saborea la entereza del obispo de Orense... y se patentiza la radicalidad, las contradicciones, y las ideas liberales —y también tradicionales— del liberal y contradictorio Capmany.

La segunda parte resulta necesaria para dibujar todos los perfiles de la personalidad de Capmany. En ella se desarrollan sus ideas políticas, económicas y jurídicas en cuatro capítulos (caps. IX a XII, págs. 273-350), lo que completa el pensamiento tradicional de Capmany expuesto anteriormente, en vivo contraste con su final actuación liberal en las Cortes. También se exponen las ideas políticas de Capmany, su influencia en el Manifiesto de los Persas, y sus ideas económicas y jurídicas.

La tercera y última parte desarrolla las distintas interpretaciones sobre Capmany, es decir, lo que la historiografía ha dicho sobre el biografiado. No se trata de una mera recopilación de textos de 58 escritores e historiadores de todas las tendencias sobre un personaje controvertido, sino que también incluye un examen crítico de sus afirmaciones (págs. 357-396), muchas veces muy jugoso. La conclusión (cap. XIV) desarrolla con maestría *El enigma de Capmany* (págs. 397-421).

El libro termina con una relación de las 23 obras de Capmany, sin incluir sus intervenciones en las Cortes, seguida de 269 obras de la historiografía, y un índice onomástico de 948 personas.

En suma, este libro es una importante aportación historiográfica y documental a la historia de la Ilustración en España, de obligada consulta y agradable lectura. También adquiere maestría en el planteamiento y desarrollo de los principales acontecimientos ocurridos en esa grave encrucijada que fue el cambio del siglo XVIII al XIX. Supone una profunda investigación sobre el pensamiento, valores y planteamientos de un hombre y de una época, necesaria para comprender los diferentes acontecimientos político-jurídicos tanto de aquel momento como posteriores.

No es de extrañar que esta obra haya sido galardonada el 30 de junio de 1992 con el *Premio Elías de Tejada* convocado por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Nuestro agradecimiento a los autores por sus desvelos investigadores, y al esfuerzo editorial de la Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Percopo por esta obra madura y definitiva sobre Antonio de Capmany. De Capmany había mucho que decir, y se ha dicho.

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN.